

taña. Invitamos a los aficionados españoles a participar en él ostentando su condición de miembros de una Sociedad de Montaña y, consiguientemente, de la F. E. M. El Comité organizador dará a conocer oportunamente el reglamento.

Indicador de caminos

La Sección de Montaña de la Excursionista «Manuel Iradier» ha preparado un nutrido programa para el marcaje de los caminos que conducen a las cimas alavesas.

El primer poste indicador, consistente en una capillita con una imagen de la Virgen Blanca, patrona de dicha Sociedad, ha sido colocado en el alto del puerto de Azáceta, en la carretera de Vitoria-Estella, encontrándose indicados los caminos del refugio de San Vitor, y de las cimas de Arrayalde y Kapilduy.

La idea de la capilla nos parece muy adecuada, pues aparte de su cometido orientador, tiene su sentido espiritual, tal como nuestros mayores nos lo legaron con la construcción de tantas y tantas ermitas en la cumbre de nuestras provincias, y somos los montañeros, los que ahora visitamos esas alturas, los más indicados para continuar con el mismo fervor de antaño, la labor espiritual que ellos hicieron.

Una Cruz en la cima de Toloño

En la cumbre de Toloño colocó la Excursionista «Manuel Iradier» de Vitoria, una artística Cruz de hierro, con el fin de que quede bien determinada la máxima altura de esta sierra alavesa, la cual se prestaba a

dudas por existir cercanas varias elevaciones de parecida altitud. A este acto asistió una nutrida representación de la Sociedad organizadora así como representantes de las demás entidades montaÑeras de la capital alavesa. La Cruz fué construída y donada por el entusiasta montañero Juan Salazar, a cuyo desinterés se deben también los numerosos buzones que va colocando la Excursionista.

La imagen de la Virgen del Pilar en la cumbre de Aneto

El 14 de agosto fué colocada en la cumbre de Aneto una imagen de Ntra. Sra. la Virgen del Pilar, la cual fué bendecida por el Arzobispo de Zaragoza, Dr. Morcillo, el día anterior en Benasque.

Al acto de la colocación asistieron los Gobernadores Civiles de Zaragoza, Huesca y Teruel, Diputaciones Provinciales de Aragón, Alcalde de Zaragoza, representantes de la F. E. M. y numerosos montañeros españoles y franceses.

II Trofeo «José María Peciña»

Se pone en conocimiento de cuantos quieran participar en este segundo Concurso literario-documental de artículos montaÑeros, que el plazo de admisión de los trabajos ha sido prorrogado hasta el 28 de febrero de 1957.

Presentamos a continuación un pequeño relato enviado por un colaborador infantil, a fin de estimular a cuantos jóvenes montaÑeros sientan aficiones literarias.

MI PRIMERA EXCURSIÓN

Por Juan Ignacio Velasco

Alumno de primer Curso de Bachillerato en Oña (Burgos).

Es el día de Codés. Ya estoy montado en el coche. Voy con la catequesis.

Mi primo y yo nos hemos puesto juntos. Hemos dejado las comidas en un cesto y allí nos las darán a la hora de comer.

Ibamos charlando y discutiendo a ver quien iba a llegar antes.

Yo le decía:

—A que llego yo antes que tú...

Y él me decía:

—Sí, tú vas a llegar antes que yo...

Ya nos acercábamos a Torres y le dije a mi primo:

—Ya hemos andado 12 kilómetros.

Después pasamos por Lazagurría y llegamos al pueblo de Codés y después de una cuesta horrible llegamos a la ermita de Codés.

Todos creíamos ver un mundo nuevo.

Yo me bajé por la ventanilla, me uní con mi primo y nos subimos arriba del coche. Y después de revolver todas las comidas, encontramos las nuestras.

Las atamos fuertemente a un palo y le dije:

—¿Qué te parecería si subiéramos a ese monte?

Y me dijo:

—¡Bien!

Pero con una risa como de desconfianza.

Y le dije:

—¿Es que no te parece bien?

Y me dijo:

—Pero, ¿a tí te parece que es lo mismo que andar 500 metros por carretera?

Y le dije:

—No, pero no creo que sea mucho.

—Pues vamos.

Anduvimos hasta ponernos detrás de la ermita y nos poníamos tontos por no saber por donde empezar.

A la izquierda de un desfiladero se veían cuevas, pero a unos 15 metros de altura en la roca viva, desde donde ya no se podían subir.

Siguiendo el monte se veían las dos gemelas que parecen de barro, que por delante parecen que han puesto una pizarra de color marrón. Sólo que una es mayor que la otra.

Mirando a la derecha se veía partiendo del desfiladero una cuesta que iba a dar a un monte que venía a dar por la altura a la par de la otra.

Decidimos subir al de la derecha.

Empezamos a andar por un encinar copulento. Se veían troncos tumbados y haces de leña.

Y le dije:

—Aquí se cansa uno.

Y me dijo:

—Ya te lo había dicho yo.

Nos sentamos en un tronco y tomamos unos plátanos.

Reanudamos la marcha. Ya habíamos pasado el encinar. Veíamos una cuesta de tormones, que se había formado del desprendimiento de tierra.

Empezamos a subir y cuando habíamos recorrido 50 metros con la tierra hasta más arriba que el tobillo, me tropecé y él me agarró, y bajamos hasta abajo haciéndose él un chinchón en la cabeza y yo una herida en la mano.

Subimos por otro camino lleno de maleza. Subíamos quejándonos del trompazo.

Se veían rocas como puntas de clavos o como dientes de vieja.

Llegamos a la base de un diente gigantesco y le dije:

—Si te tiran de ahí arriba una piedra, te remontan el huevo que te has hecho en la cabeza.

Y me dijo casi con las lágrimas en los ojos:

—Si te hubiera pasado a tí esto no te reirías, no.

Después subimos a una explanada de 50 metros cuesta arriba.

Subimos más arriba y encontramos la fuente del Niño, y después pastores con unos rebaños. Y dejamos a una oveja coja pegándole con un palo.

Y después llegamos al buzón que está en la cumbre.

De allí se veían unas vistas estupendas.

Y le dije:

—¡Mira qué pulgas hay allá!

Y me dijo:

—¡Si son los chicos!

Y le dije:

—¡Ya lo sabía! Pero parecen pulgas.

Y el buzón era de piedra y me dijo:

—¿Tienes lápiz?

—¿Para qué?

—Pues se mete aquí el nombre.

Nos sentamos a comer y al ir a limpiarme los labios con el papel vi mi nombre escrito, que era para saber cual era mi comida al meterla en el cesto. Mi primo también tenía su nombre. Lo recortamos y lo metimos.

Comimos y comenzamos a descender.

Corríamos a campo traviesa.

Llegamos a donde había unos nidos, pero no nos quisimos arriesgar pues te puede costar la vida.

Sólo cogimos un nido con una cría, que estaba al alcance de la mano.

Y al bajar echamos a correr y metí el pie demasiado en la arena y me caí y maté a la cría.

Después fuimos por una senda y nos metimos como en una perola en cuesta que daba a un hoyo donde estaban unas cabras. Estuvimos corriéndolas y se subían por las rocas.

Después bajamos a la ermita y entonces empezaban a comer.

Me metí en el coche y me dormí.